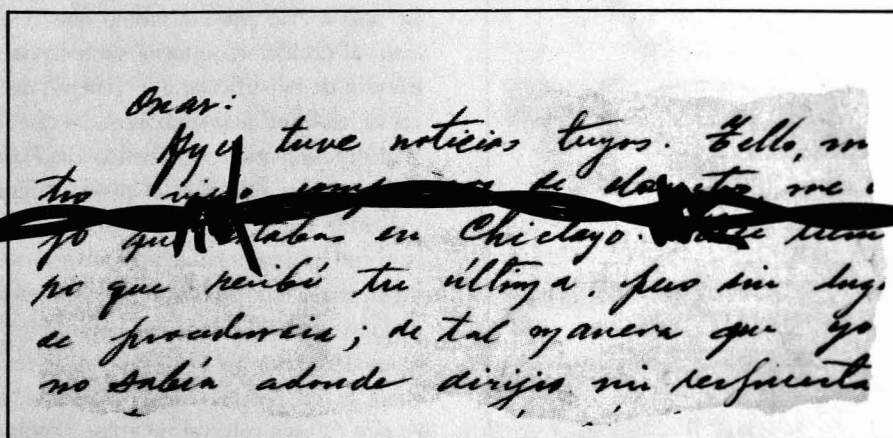

Luis Cardoza y Aragón

César Vallejo



¿Nada es pensado, reflexionado? Parece saltar, soltarse. Su expresión es por repentinatas impulsiones espasmódicas. A veces no acierto a pensar su sentido; no lo encuentro en el hueso mundo de Vallejo y en vez de inquirirlo, me lo procuro. El poeta impone su voz en mis iluminaciones y fatigas.

Poesía nunca lapidaria; poesía lapidada, cuyo ejercicio es diversidad mental y pendulaciones. Este encuentro arbitrario y casi demasiado bélico engendra su lenguaje. No sé qué de torpe, tal si en él hubiese impedimentos del quechua, tal si no imperara sobre su escritura sino su escritura sobre él. En dicha sensación está la sensibilidad y el pensamiento convertidos en conflicto, tropezándose y saltando.

¿Quién cala más hondo? Alambres de púas son las líneas del cuaderno en el cual escribe.

Neruda trabaja con imágenes; Vallejo no acuerda a ellas acogida semejante, y cuando las admite, son más inesperadas, sin suntuosidad ni oratoria. No comparo: miro el fluir del río Neruda, su pomposa gigante de Calipigia con enormes tetas de nodriza vacuna. Miro los páramos de Vallejo, las rocas peladas, el sol carnívoro, su noche cerrada como un cero.

Vallejo, más que decir, quiere decir. Está lleno de candados y no encuentra la llave. Esencial es tal angustia en su poesía. Tartamudea su musa bizca que inventó un lenguaje. Se desuella antes de dictarle ese primer verso damoso y no torna a chistar. ¿Su musa? Sólo hay lluvia de ceniza y de fuego. Parco musgo aterciopela bronca lava. Es tierno erizo arrebujaado en su espuma de agujas.

El poeta es el laberinto. Se recorre perdido y a punto del desmayo, se duerme. La videncia ha terminado y quedan escombros. Arena sangra por las narices. Una catedral en ruinas descubre al despertar. El último poema debe ser el último, y vuelve a la carga y escribe de nuevo, y de nuevo es avasallado por su Pitia despellejada.

Lo culminante irrumpe cuando más balbuce; cuando ignora qué decir y cómo decir

lo que ignora; cuando le sale espuma por la boca, entonces sus águilas gorgoritean y rugen sus alondras. En la llanura camina al borde del abismo. No escribe en español sino en vallejo, no tiene palabras sino guijarros.

Aún no se le conoce. ¿Quién es? No hay que dar al César lo que es de Vallejo.

Sus compatriotas le llamaban *El Cholo*. Nosotros, *El Huaco*. Muy delgado, muy mestizo aindiado. Una desolación de cara angosta, más enjuta por la nariz aguilina que despegabase como gárgola a punto de volar. Cara de reja de arado que hendía la tierra y sembraba pedernales. Nervioso, de mal humor, vivía pobremente. Su voz más anchurosa se diría anquilosada por el propio ímpetu.

Enrique Gómez Carrillo lo invita a tomar el aperitivo, y no a comer. César Vallejo no lo aprecia ni lo desprecia, lo que es peor. El peruano fue encarnación de la dignidad y de lítica tristeza.

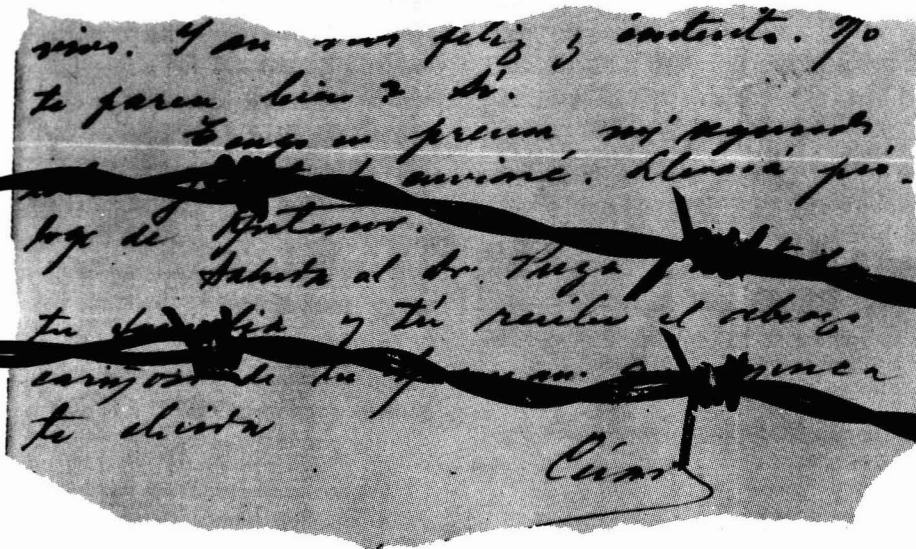
Alfonso de Silva me llevó una noche, muy tarde, a visitarlo en un hotelucho de paso, en alguna calle no lejos del Folies Bergère. Hoteluchos que apestan a rancio, a mugre, a encierro, a lobrete. Así lo conocí. En la cama con Vallejo, un joven.

Se incorporaron para charlar. Julio Gálvez, peruano, era con quien Vallejo dormía. Inevitablemente los pensé homosexuales. Mariconería habría sido que Vallejo diese el sillón al amigo para dormir. Gálvez fue tan varonil como Vallejo. El desamparo de aquél, aún más tremendo. Qué dura y diaria cuestión la del pago de la habitacioncilla, tal vez tomada por semana, el desayuno. Lo explotaban periódicos de su tierra. Se iban a Montparnasse. Por los cafés, de día y de noche, en la tarde o en la madrugada, con algún amigo un par de medialunas, una copa de alcohol. En el mostrador del Café Le Dôme se pedía un café y se tomaban de las cestas cuantas medialunas se soportaran. Se admitía un tercio de la consumisión al pagar.

Julio Gálvez muere en la Guerra Civil española. Trabajaba en un hospital de las afueras de Madrid, lo capturaron los franquistas y lo fusilaron. En París se le suponía drogadicto. Además llegó a tener tal éxito con las mujeres que las hacía felices viviendo de ellas. Espléndido amigo, a quien recuerdo con afecto por el tutelar apoyo a Vallejo y de Vallejo a Gálvez. En ningún apunte biográfico he leído algo sobre esta amistad quizá nacida en el Perú.

Recordándolos en La Habana, en 1975 Félix Pita Rodríguez suponía que Gálvez trabajaba en un hospital madrileño por impedimento de ser voluntario en el frente y por estar cerca siquiera del láudano. No sé si con Vallejo viajó a España; allá quedó en alguna fosa común. Vallejo regresó a París, a morir de hambre. Fue obrero de la palabra al rojo blanco; a yunque y martillo. Louis Aragon dijo unas palabras antes de sepultarlo.

Su voz ferruginosa, arrugada y rechinante, persiste corriendo más que extendida, abisal. ◇



vivo. Y en una feliz y instantánea. No
te parezca bien a ti.
Tengo un premon, mi querido
amigo, que me viene. Alguna vez
lo he de contar.
Saluda al Dr. Pita Rodríguez
tu familia y tu recibes el obsequio
carinoso de tu hermano. Siempre
te abraza
César